



XXI

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE GILBERTO

París, 20 de Setiembre.

FUENTECILLA, fuentecilla, á la entrada de tu gruta, y al ruido de tus bullidoras aguas el destino ha trazado las primeras líneas del capítulo más notable de mi vida. ¿Qué digo, un capítulo?... ¿No se trata acaso de una vida entera?

27 de Setiembre.

Al llegar al infierno, Ulises inmoló algunas ovejas y un morueco negro, abrió una fosa con su espada, y llenóla con la sangre de las víctimas. Entonces acudió de las profun-

didades del Erebo el pálido enjambre de sombras vanas, y vinieron á dar vueltas al rededor del héroe, vagas y flotantes al igual de los sueños, sin voz, sin color, sin rostro, sin memoria, y como desposeidas de sí mismas y cansadas de su alma; pero cuando Ulises les permitió que se inclinaran sobre la fosa para beber en ella, recobraron la vida, y descendieron á sus labios palabras de verdad.

Dios ha depositado con sus propias manos un cáliz lleno de sangre en el corazón de los grandes hombres, y como un buen pastor guiando sus ovejas, conduce á ese divino abrevadero el inmenso rebaño de hijas del cielo, de ideas invisibles, impalpables é inmortales. En cuanto esos fantasmas han bebido algunas gotas de esa sangre milagrosa, toman un cuerpo, un semblante y los hombres atónitos ven pasar por entre ellos radiantes figuras, que, con el dedo levantado hacia el cielo, les cuentan los secretos del porvenir.

Pero si para hacer tales prodigios, se necesita el corazón de un grande hombre, los corazones nobles y sinceros suelen poseer virtud semejante, aunque menos poderosa. ¿No sentimos, nosotros los pequeños, no sentimos á ciertas horas rondar misteriosamente en torno, sombras plañideras que claman por vivir? Acerquemos á sus labios esa copa encantada que llevamos en el seno, que no por ser un vaso de arcilla, deja de ser obra del artista supremo. Después de haber bebido en él, los áugustos mendigos que el cielo nos envía, no deslumbrarán el mundo con su gloria, pero se la revelarán á los mismos que apagaron su sed.

Hijas del cielo, fantasmas adorados, á quienes daba yo en otro tiempo un nombre familiar, que de hoy en adelante no volveré á daros más, un día, castas palomas, un día, vinisteis á estrecharos al rededor de la copa llena todavía de mi corazón y bebisteis en él la vida á grandes sorbos. Y ahora cuando estoy solo y hablo conmigo mismo, hay voces que me contestan...

1º de Octubre.

Al despedirme del padre Alejo, le dije:

—Padre mío, no puedo menos de reconocer, que habéis hecho dos milagros que admiro infinito. Un día os pusieron en tortura para haceros hablar, y callasteis. Otro día, en presencia de un hombre cuya cólera era temible, abrazasteis á su más cruel enemigo espirante, víctima de mortales convulsiones. En aquel momento supremo el desdichado vivía aún; sintió vuestros labios al posarse sobre los suyos, y una serenidad misteriosa se esparció de pronto en su semblante. Padre mío, estos son dos milagros bien auténticos. En cuanto á los otros...

30 de Octubre.

Está en Munich, pero no en un colegio, sino en casa de una amiga de su padre, la baronesa de... Vive, según dice, en medio de un torbellino al que no puede acostumbrarse.

3 de Noviembre.

Trabajo mucho, pero muy distraído. ¡Ah! ¡Cuántas veces olvido á Bizancio, mis papelotes y mi tintero!... Lo que veo sin cesar, es un antiguo castillo construído sobre la roca, grandes bosques sombríos, un precipicio, una fuentecita, tejados resbaladizos, paredes puntiagudas, chimeneas, veletas y un río cuyas plateadas aguas brillan al resplandor de las estrellas. Y á través de tal espectáculo pasa y vuelve por delante de mí, una túnica de terciopelo negro que representa en mis sueños papeles muy distintos. Tan pronto es un joven arisco de mirada dura y altanera, que galopa en un alazán haciendo chasquear el latiguillo; luégo de repente veo venir hacia mí á un pobre

joven, pálido de dolor, que se sienta á mis piés y descansa su cabeza encima de mis rodillas. Pero, al levantarse, el joven se transforma en una niña impetuosa, de mirada ardiente, agitando un puñal en el aire, hasta que vuelvo á verla tal como se me ha aparecido pocos momentos antes de mi partida. ¡Ah! ¡ya lo veis, le decía á su padre, no me ama todavía...! No, no era ya *él*, era una mujer la que hablaba.

3 de Enero.

En su última carta, me participa que ya ha roto tres abanicos. «El otro día tuvo un acceso de mal humor... ¡Ah! ¡si hubiese tenido á mano el latiguillo que sabéis!»

15 de Enero.

Ha asistido á un baile de la corte, en el que se ha divertido. «Estaba muy bonita, y me han echado muchos piropos. Gilberto, ahora ya sabéis lo que son celos.»

16 de Abril.

¡El amor! el amor!... ¡Ah! desde esta mañana le conozco! Á las once, me han entregado una caja. Mis manos temblaban al abrirla. La caja contenía un medallón, y en este estaba encerrado un retrato. Al pié del retrato estaban escritas estas palabras: *Nuevo episodio de las metamorfosis de un lirio*. ¡Qué súbita emoción me ha causado!... Sí, es ella, ¡está que habla!... sus cabellos, sus ojos, su boca, todo lo reconozco, menos el vestido de raso blanco... ¡y no obstante, nunca me hubiera imaginado que fuera tan bella! La felicidad ha dado la última mano á sus gracias y el velo que cubría de sombras su rostro se ha descorrido para siempre... ¡Tú eres mía! me perteneces, eres mi bien, mi joyel, mi corona! Y es muy justo, porque eres mi obra,

mi creación. Yo he atizado en tu pecho el fuego de la vida, yo he resucitado tu sonrisa, yo te abrí el cielo; pero á pesar de todos estos títulos, ¿soy digno de poseerte?...

He pasado tres horas errando solitario por el bosque. Próximo á sucumbir bajo el peso de mi felicidad, me arrastraba con vacilante paso, como un inválido de la alegría; un vapor dorado flotaba ante mis ojos, y mis pensamientos se perdían en las vagas regiones de la locura.

30 de Julio.

¡Hace ya un mes que no me ha escrito! ¡Dios mío! ¿qué habrá sucedido? ¿qué pasa?

19 de Agosto.

Acabo de recibir este billete: «Gilberto, juradme que suceda lo que quiera, podré contar siempre con vuestra amistad. Si no me diérais esa seguridad sería la mujer más desgraciada de la tierra.» Le he contestado: «Sí, os lo juro llorando.»

17 de Agosto.

He aquí su contestación: «Os doy gracias por vuestra promesa; os agradezco también vuestras lágrimas que el tiempo secará. Aguardad todavía unos días y lo sabréis todo.»

18 de Agosto.

¡Qué terrible poder ejerce la pasión, inspirándonos el frío helado de la indiferencia por todo cuanto encantaba nuestro espíritu, anonadando en nosotros y fuera de nosotros cuánto no sea ella, ocultando á nuestros ojos el mundo de los vivientes, abismándonos en espacios imaginarios poblados de larvas y de espectros!... ¡Oh vosotras,

hijas de mi espíritu, no tengo ya ojos para veros, ni orejas para oiros! No veo ni oigo más que al idolo de mi alma. Pasa y vuelve por delante de mí, apoyada en el brazo de otro, y ella le ofrece su corazón en una sonrisa.

21 de Agosto.

¿De qué puedo acusarla? ¿No fui yo quien la ha eximido de la fe jurada? ¿Representaba yo acaso alguna comedia? ¡Ay de mi! ya preveía lo que está sucediendo, y por eso he querido probar su corazón. ¿Este suceso condena nuestro amor? pero ¿dónde está su crimen? ¿dónde su perfidia?

10 de Setiembre.

Desfallezco; me siento tan profundamente abrumado, que parece que me va á faltar aire para respirar.

13 de Setiembre.

Ayer encontré entre escombros una planta de beleño. «Á mi vez—pensé—me toca contemplar con mirada complaciente esa triste flor deseando que vierta la muerte en mi seno... pero no, viviré, soportaré mi pena con valor, sacaré á salvo mi dignidad, consumaré mi obra de abnegación. Cuando la vuelva á ver, cubriré tan bien mi semblante con la máscara de la amistad, que le sea imposible no caer en el engaño. Quiero que sea feliz. Le ocultaré mis lágrimas, contemplaré como la alegría hace asomar á sus labios una sonrisa, y ni una queja, ni un murmullo, ni un suspiro salido de mi corazón turbará la tranquilidad de su conciencia...

13 de Setiembre por la mañana.

Temo no tener bastante fuerza para vivir. Gilberto, ¡llama en tu auxilio á la razón que te abandona!

El mismo día á media noche.

...¡Oh cruel! ¡era una prueba, una venganza!... Cuando se ha abierto la puerta y la he visto aparecer, he caído de rodillas y ella se ha acercado lentamente. «¡Había jurado trastornaros un poco el juicio!» Y, avanzando siempre, me ha tendido una manecita blanca que he bañado con mis lágrimas. «De rodillas y llorando,» me dijo en voz baja. Y luégo en voz más baja todavía: «Yo de rodillas y tú en pié era el mundo al revés; era necesario que volviera todo á su centro...» Y he sentido en mi frente el contacto de sus labios... En este momento ha entrado el conde: «Querido Gilberto—me ha dicho—os felicito. ¡Á fe mia! ¡sois muy afortunado!»

